I

No ha salido aún la señora?

—Todavía no.

—La dirá usted que espero aquí, y que si lo prefiere, subiré.

El ayuda de cámara se alejó, y Nelly, sentándose en una butaca, con el velo medio levantado, y más hermosa á los veintisiete años que en otro tiempo á los diez y siete, comenzó á mirar, con aire distraído, los muebles y los cuadros que por un lado y otro llenaban el silencioso y solitario salón del señor y la señora de

Guessaint, que habitaban en París una gran casa de la Avenida de Kléber. En el piso bajo estaban los salones y el comedor, donde se reconocían los raros caprichos de una artista como Faustina; en el principal las habitaciones, y más arriba el taller que la joven había organizado, en recuerdo del que tenía en Chavry.

Muy pronto reapareció el ayuda de cámara.

—La señora está todavía en su gabinete—dijo—y ruega á la señora Percier que tenga la bondad de subir.

Faustina dejó escapar una exclamación de alegría al ver á Nelly.

—Esta es una buena sorpresa—dijo:—debía ir á buscarte y no te esperaba.

—No hubieras ido hasta las tres, y yo estaba muy nerviosa: figúrate que el señor Percier se ha dignado recordar que mañana es el día de mi santo: ¡20 de Marzo de 1881!... Quería regalarme una pulsera.

—No habrá insistido mucho—replicó Faustina sonriendo—ni se habrá atrevido á ello. Te aseguro que intimidas á tu esposo. ¿Y se habrá marchado á la Bolsa?

—Sí.

—¿Llevándose la pulsera?

—Sí.

—¡Pobre hombre!

—No le compadezcas; no le falta á quien ofrecer la pulsera; se la regalará á la señorita Aurelia.

—¡Celosa!

—¿Celosa yo? Nada de eso.

—Faltas á la verdad.

—De ningún modo. Estoy muy agradecida á esa señorita, pues hace precisamente todas las cosas que me enojan.

—Que te enojan... hoy.

—Sea hoy—replicó Nelly ruborizándose un poco.—Yo no soy la señora Percier sino de día. Mi esposo se va por la mañana á su despacho á eso de las ocho y media, pues al fin es un formal agente de cambio; á las once y cuarto vuelve para almorzar; este es el momento de las tiernas confidencias, que sólo dura treinta minutos; mi esposo come su chuleta de costumbre, háblame de la Bolsa, y me ofrece una pulsera, como hoy. Vamos al teatro, ó á comer donde estamos convidados, ó bien paso el rato contigo. A media noche, el señor Percier se va... al círculo, según él dice; pero es un círculo de cabellos rojos, presidido por la señorita Aurelia, del Teatro del Gimnasio. He aquí cómo nosotros entendemos el matrimonio; cómo viven un marido y su mujer en el año de gracia de 1881. Dinero no falta, tanto como se quiera; la Unión General hace y rehace fortunas en veinticuatro horas; tenemos carreras de caballos, visitas, conversaciones necias y un cúmulo de frivolidades impensadas, ó de pensamientos triviales: en todo eso no hallarás ni un minuto de ternura, ni el menor aspecto de intimidad, ni siquiera un vislumbre de amor.

La señora de Guessaint escuchaba á su amiga, mirándola con ojos serenos. Siempre era la Faustina de otro tiempo: diez años transcurridos desde su casa-

miento no habían alterado en nada su juventud, su belleza y el exquisito encanto de todo su sér; pero moralmente, la mujer había cambiado. En su mirada, en sus ademanes, en sus palabras, en sus súbitas tristezas, reconocíase algún pesar profundo. Su esposo y ella no se separaban; veíanlos siempre juntos; y sin embargo, notábase entre ellos una extraña frialdad. Faustina se había casado con el señor de Guessaint sin amarle, sólo por obedecer al general; y á los seis meses de su matrimonio ya no le apreciaba. ¿Qué había ocurrido? Nadie lo sabía, excepto Nelly. ¿Qué vicios ocultaba aquel hombre, tan testarudo como bonachón al parecer? Por otra parte, durante aquellos diez años Faustina vivió poco en París: primeramente estuvo largo tiempo en Argel; después emprendiéronse fatigosos viajes por Egipto y Asia; y siempre acompañados de Nelly, los señores de Guessaint visitaron los lejanos países en que se sueña: el Cairo, Tebas, Memfis, Khartum, la ciudad guerrera en pleno Sudán. Después volvieron á París, y pasaron el verano, el otoño y el invierno en Francia, á orillas del mar; pero sin volver á Chavry, porque recordaba á Faustina amargos días. Pasado este tiempo emprendieron de nuevo un viaje, comenzando esta vez por Viena, para acabar por Jerusalem: el Danubio, el Bósforo, el Asia Menor y la Siria revelaron sucesivamente á las dos jóvenes amigas su poesía y sus misterios. La señora de Guessaint se conformaba con todo, pues tanto le importaba vivir aquí como allí, no existiendo en ella ni siquiera la esperanza de la felicidad. Tal vez

distraía sus enojos con aquellas ausencias eternas, con aquellas fatigas seguidas de reposo, con aquellos paisajes desconocidos, siempre variados, que se desarrollaban á su vista. Ocho años transcurrieron así, y de pronto el señor de Guessaint, más geógrafo que nunca, y preocupado siempre por descubrimientos y conversaciones con ilustres viajeros, instalábase al fin en París, donde compró la casa de la avenida Kléber; aquí abrió sus salones, y recibía mucha gente, sin que Faustina y él fuesen verdaderamente marido y mujer.

Cierto día, dos años después, Nelly, siempre tan alegre, entró en la habitación de su amiga con aspecto grave.

—¿Qué tienes, Dios mío?—preguntó la señora de Guessaint.

—Vengo á pedirte parecer.

—¿Sobre qué?

—¿A quién me aconsejas elegir por esposo?

—¡Tú quieres casarte!—exclamó Faustina estupefacta.

—Sí.

La señora de Guessaint no comprendía. ¡Casarse Nelly, la que ocho años antes le decía en el parque de Chavry que sería siempre soltera! Nelly, que durante aquellos largos viajes, hechos contra su gusto, no se separaba de ella; la que se burlaba tan chistosamente de los hombres prácticos, enamorados de su dote, ó de los hombres sinceros, prendados de su persona!

—¡Casarte tú!—exclamó Faustina por segunda vez.

Y con acento triste añadió:

—¿Con que no me amas ya, Nelly? Tú, mi confidente y hermana, ¿quieres abandonarme ahora? Conociendo mi triste existencia, mis secretos disgustos y mis desengaños, ¿quieres separarte de mí?

Nelly no pudo reprimir sus lágrimas, y estrechando entre sus brazos á Faustina la dijo:

—Te amo como siempre, tal vez más que nunca; pero deseo casarme.

La señora de Guessaint permaneció un momento con la boca entreabierta y las cejas fruncidas, y de pronto replicó bruscamente:

—Entre mi esposo y tú hay alguna cosa.

—¡No!

—Habrá osado...

—¡No, no, te lo juro!

—¡Ah! es que yo conozco muy bien al señor de Guessaint.

—Yo también—repuso Nelly con dulzura;—sé cuán amarga es tu existencia; conozco los disgustos que tuviste después de los primeros meses de tu matrimonio, y cómo os separasteis de común acuerdo.

—Tú te casas porque el señor de Guessaint ha tratado...

—¡No! te lo repito, te lo juro.

—Entonces no te comprendo.

—Es muy sencillo, amiga mía. Yo me hallo en una posición muy falsa en el mundo; soy á la vez institutriz, dama de compañía y solterona; yo no pensaba nada de esto en otra época; pero ahora ya no es lo

mismo. ¡Ah! ¿qué se hicieron nuestros hermosos sueños de jóvenes allá en Chavry? ¡Ay de mí, los sueños...! Los años los deshojan brutalmente; y hace ya largo tiempo que he reflexionado sobre el particular, aunque sin decirte nada. ¿De qué servía afligirte?

Faustina trató de disuadir á su amiga; mas no le fué posible, porque su resolución era inquebrantable.

—Veamos—continuó Nelly con alegre sonrisa,—busquemos al que yo podría elegir por esposo: hay un señor de Lustry: treinta años, fortuna regular, rostro pasadero, inteligencia nula; el señor Harman: fortuna considerable, fealdad... tan notable como su riqueza, inteligencia regular: y, por último, el señor Percier, agente de cambio; semblante de expresión bonachona, clara inteligencia, excelente muchacho y hombre de chispa.

—¿Por qué me citas esos tres nombres?

—Porque esos señores son los únicos que han formulado su demanda de matrimonio.

—Pues bien, déjame reflexionar; ya te contestaré.

Desde aquel día Faustina observó con curiosidad al señor de Guessaint y á Nelly. Hasta entonces, durante sus viajes, había notado que la señorita de Forestier aborrecía á Enrique, y creyó que este odio contra el esposo se debía á la ternura que Nelly sentía por Faustina; pero ¿porqué al cabo de algunos meses de residencia en París adoptaba su amiga tan bruscamente aquella inesperada resolución? Durante algunas semanas, la señora de Guessaint prosiguió su paciente investigación sin descubrir nada; y entonces pensó

que Nelly tendría tal vez razón. Los sueños que una joven acaricia no persisten siempre: son un poco de humo; la brisa sopla y los desvanece.

Ante las insistencias de Nelly era necesario tomar un partido, y Faustina, después de estudiar con cuidado á los tres pretendientes, decidióse por el señor Percier; conocía bien sus defectos, pero apreciaba sus buenas cualidades: era hombre de generosos sentimientos, seguro y leal, y estaba muy enamorado de Nelly, aunque parecía algo tímido. El casamiento se efectuó: el señor Percier, muy prendado, prodigó á su joven esposa las más delicadas atenciones, que la recién casada admitió con dulce ironía. Por espacio de diez y ocho meses, los esposos parecieron vivir muy felices; pero de repente el marido imitó al señor de Guessaint; nunca estaba en su casa, y mostrábase galante con todas las mujeres excepto la suya. Sin embargo, la sociedad observó muy pronto una gran diferencia entre los dos hombres: no se sabía que el apasionado geógrafo tuviera relaciones fijas; tan pronto elegía una mujer como otra, y todas le parecían buenas; la doncella de labor, la aventurera, la actriz, la joven mundana comprometida, las grandes damas de dudosa conducta; todas eran buenas para el señor de Guessaint, que iba de una á otra con igual desenfado, sin pensar en la inmoralidad. El señor Percier, por el contrario, ponía orden en su desorden; su elección se fijaba muy pronto, y así es que todo París le designaba ya como feliz poseedor de la señorita Aurelia Brigaut, actriz del Gimnasio.

Así se dispersaban á todos los vientos los sueños, los deseos y las ilusiones de aquellas dos encantadoras mujeres: Faustina estaba mal casada, y Nelly parecía estarlo; pero esta última conservaba todavía una vaga esperanza. Sin embargo, rara vez se explicaba con su amiga, sin duda porque difícilmente se comprendía á sí misma. En cuanto á la señora de Guessaint, era una mujer sin ilusiones, y hubiérase dicho que nada vibraba en ella ya; fuera de Nelly, tal vez no existía sér alguno á quien amase profundamente; difícil en sus amistades, pasaba por el mundo inspirando mucho respeto á todos y temerosa simpatía á algunos. Conocíase su talento como pintora, y si hubiera querido exponer sus obras, se habría hecho célebre muy pronto; pero temía la popularidad. Por otra parte, prefería imaginar sus obras sin crearlas; y así es que los desengaños de la existencia extinguían lentamente la divina llama de artista oculta en el alma de la señora de Guessaint. Regalaba sus cuadros á sus amigos y conocidos; y algunos pintores é ilustres críticos se admiraban de que una mujer dotada de tan superior talento procurara encubrirlo. Un notable paisajista la dijo cierto día:

—Ya sé que no le agradan á usted los cumplidos, y no me permitiré dirigirla ninguno; pero es una lástima que sea usted tan modesta, ó tan... orgullosa.

—No es modestia ni orgullo, caballero, sino indiferencia—contestó la señora de Guessaint.—Tengo ideas tal vez particulares, pero muy precisas. A cada cual lo que le corresponda: natural es que los hombres vayan

en pos de la gloria; las mujeres sólo deben buscar el olvido; entiendo por esto el olvido del mundo; el ruido no es para ellas.

—Con semejantes ideas no debe usted ser feliz.

—¡Bah! ¿quién es feliz? Debemos envidiar á los que reposan, porque el reposo es ya media felicidad.

Faustina vivía así, más bien resignada que triste, sin confiar sus íntimos pensamientos más que á Nelly. Perfecta dama, que conocía bien el mundo, mirando con indiferencia los brillantes triunfos, y helada por la frialdad de su hogar, hubiera muerto de pena y melancolía si no la hubiesen sostenido vagas ideas de misticismo. He aquí porqué, conociendo las amarguras de las existencias quebrantadas, jurábase hacer todo lo posible para que Nelly fuese feliz. No se explicaba la desavenencia producida entre el señor Percier y su esposa, y por eso vigilábalos á los dos, aprovechándose de las confidencias de su amiga. Aquel día, cuando Nelly hubo referido el incidente de la pulsera, Faustina quiso sondear la cuestión de una vez.

—¿Comes hoy en casa?—preguntó.

—Sí, pero probablemente sola, pues mi esposo me ha dicho que algunos graves asuntos... ¡oh! muy graves, le privarían tal vez del honor... Ya sabes que ese agente de cambio libertino te tiene mucho miedo.

Faustina sonreía.

—Pues bien, dile á ese agente de cambio libertino que cuento con él esta noche. ¿Me oyes? Le mando venir.

—¡Oh! á ti te obedecerá.

Nelly se quitó el sombrero, y rodeando con un brazo el talle de su amiga, añadió:

—Debíamos salir, ¿no es verdad? Pues bien, compláceme; no salgamos: subiremos al taller para pasar allí la tarde charlando como en Chavry.

—Convenido.

Aquella vasta habitación recordaba el taller del castillo. Desde que Faustina cobró aversión á la propiedad de la familia, quiso, por lo menos, ver á su alrededor cuanto quedaba de los recuerdos fijos de otro tiempo. Los objetos de arte, los muebles de estilo severo, las estatuas, los cuadros, los retratos de Esteban y del general, no estaban, sin embargo, tan bien iluminados con la luz agrisada de París. Al entrar, Nelly hizo una irónica reverencia á la «Dama de la Sortija.»

—¡Victoria Orsini—dijo con maliciosa sonrisa—yo te saludo!

—¡Pobre Victoria Orsini!

—¿Te acuerdas de las locuras que me contabas? Tu historia no se asemeja mucho á la de la «Dama de la Sortija»; tú no morirás nunca de amor, pobre amiga mía. Veamos, confíame un secreto.

—¿Cuál?

Las dos jóvenes estaban sentadas una junto á otra, en el ancho diván que ocupaba un ángulo del taller.

—Tú que pasas á través de la vida, serena y desdeñosa, ¿no has encontrado nunca hombre alguno que te llamara la atención?

—¿Que me llamara la atención?

—Sí; por su belleza, por su inteligencia y talento;

un hombre, en fin, que haya producido en ti esa impresión indecisa que tal vez pudiera convertirse en amor.

La señora de Guessaint no sonreía ya. Según su costumbre, cuando la preocupaba alguna cosa permanecía inmóvil, con las cejas fruncidas.

—¿Quieres que sea muy franca?—contestó, mirando á su amiga.

—¿No lo eres siempre conmigo?

—Ciertamente; pero tú deseas esa confesión que con frecuencia no se atreve una á hacerse á sí misma.

—¡Dios mío, Faustina, me das qué pensar!

—¿Crees tú en el «rayo»?

—¿El de Stendhal? ¿La impresión inmediata y profunda producida por la persona que se amará? Sí; ¡vaya si creo!

—Pues bien, yo he estado á punto de sentirlo.

Nelly dejó escapar una exclamación.

—¡Tú!

—Sí, yo.

—¿No sueño? ¿Es realmente mi Faustina la que me habla? ¿Podías estar verdaderamente enamorada tú, querida estatua?

La sonrisa de la señora de Guessaint se dulcificaba mucho.

—Basta encontrar á Pigmalión—murmuró—para que la estatua se convierta en mujer... Escucha mi historia, que no es larga. ¿Recuerdas nuestra residencia en Roma en 1878? ¡Qué días tan deliciosos para nosotras dos! Una tarde, en la última quincena, entré

sola en la capilla del pequeño convento de San Onofre, en el Janículo, más allá del Tíber, para entregarme á mis meditaciones; y después de orar, fuí á ver la Virgen de Leonardo de Vinci, pues me proponía estudiarla. ¿Te acuerdas? Dos jóvenes llegaron casi al mismo tiempo y sentáronse cerca de mí, sin verme, pues rodeábame la sombra; uno era moreno, y el otro rubio; el primero dijo: «Ahí tienes, amigo mío, el bautisterio que deberías dibujar.» El rubio miró el objeto y repuso con indiferencia: «Tal vez; no me gusta mucho ese arte italiano del siglo XVIII, pues en aquella época el genio estaba muerto. ¡Pobre Italia! ¡Qué pueblo sin el papado!» «Cállate, demagogo» le dijo el otro sonriendo. El rubio comenzó á reir ruidosamente, de una manera que me pareció bastante indecorosa, y después dijo: «Ni soy demagogo ni otra cosa que tú sabes; no soy más que artista. No me burlo poco de la política» (y aquí se sirvió de una expresión más enérgica, que no repito, amiga Nelly). «No, añadió, aquí hay otra cosa que me gusta más. ¿Quieres venir conmigo?»

—«Te he dicho que no podía concederte más de un cuarto de hora, pues ya sabes que tengo una cita con la bella transteverina.» El rubio seguía riendo, y presumí que era de carácter muy alegre. «Abrázala de mi parte, dijo, y si tiene alguna amiga hermosa, aconséjala que me la presente, pues desde que marchó mi bailarina, tengo el corazón libre.»

—¿Y decía eso en una capilla?—preguntó Nelly.

—Era un aturdido. Los dos se fueron á los diez mi-

nutos; pero poco después entré en el jardín del convento para tomar un poco el sol. ¿Qué te parece que vi allí ante una hermosa estatua? A mi joven rubio, que dibujaba apoyado en una columna. Al rumor de mis pasos volvió la cabeza y me saludó; después me miró con bastante fijeza é hizo ademán de marcharse. Ya cerraba su cartera, cuando le dije: «No se moleste usted, caballero.» Al oir hablar en francés pareció recobrar la alegría. «¿Es usted parisiense, señora? preguntó; yo también. Lo he adivinado por su acento; nosotros nos reconoceríamos aunque fuese en el Congo.»

—¿Y permitías á aquel caballero, bastante mal educado según parece, que te hablara sin previa presentación?

—¡Oh! en viaje no tiene nada de particular... Y además... (la señora de Guessaint se ruborizó) no sé qué encanto me retenía en aquel sitio. Mi desconocido era verdaderamente un hombre hermoso: alto, rubio, de veinte ó veintidós años, con ojos azules brillantes y una frente magnífica.

—Faustina, me aturdes—dijo Nelly.

La señora de Guessaint sonreía siempre; pero un pensamiento iluminaba entonces su expresión.

—Aún te asombrarás más dentro de cinco minutos. Figúrate que estuve hablando media hora con el desconocido. Era artista, discípulo de la Escuela de Roma, que había obtenido un gran premio como escultor. ¡Y qué alegre era, amiga mía! reíase de todo, pero franca y lealmente, y decía palabras que me caían

muy en gracia á pesar mío: ya comprenderás que yo hablaba poco y me limitaba á escuchar. Díjome que hacía dos años que no se movía de Roma; conocía al dedillo la ciudad eterna, las iglesias, los salones, las obras maestras, las historias del Quirinal y del Vaticano, los amores de la gran dama y de la actriz. Todo esto decíalo con una gracia y una viveza endiabladas, y en fin, á mí me pareció encantador. Cuando salí del jardín, híceme una confesión, y es que sería fácil amar á un hombre joven, franco y entusiasta como aquel.

Nelly se reía á carcajadas.

—¿Y no le preguntaste cómo se llamaba?

—No, porque él tampoco me lo preguntó.

—No hubiera faltado más que eso. ¿Y no le has vuelto á ver?

—Jamás.

—¿Recuerdas bien sus facciones?

—Perfectamente; las reconocería al punto.

Nelly reía siempre.

—¡Dios mío—exclamó—cómo me alegraría que volvieses á verle!

—¿Crees tú que yo?... te engañas; yo he concluído ya con el amor. Se puede tener un sueño, una perturbación de una hora; pero más...

—Sin embargo—murmuró Nelly, dejando escapar un suspiro—no es nada desagradable el amor.

Faustina, en vez de sonreir, fruncía el entrecejo.

—¡El amor—murmuró Faustina—no me hables de eso! Ciertamente yo no amaba al señor de Guessaint

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

cuando me casé con él, pero apreciábale, porque se asociaba en mi pensamiento con la muerte de mi padre y del pobre Esteban. ¡Qué desencanto! Bien sabes cuál fué mi noche de boda..... el corazón se indigna y el pudor se rebela... ¿Es eso el amor? Al fin es preciso resignarse, y á las pocas semanas se encuentra al esposo acariciando á la doncella; y después á la camarera; y más tarde á una actriz... ¡Puah!... Los hombres no comprenden nada; no ven que lo que ellos llaman amor no es admisible sino con la absoluta fidelidad. ¡Estrechar entre sus brazos una mujer que ha recibido las caricias de otro, y cuyos labios están humedecidos aún por besos sospechosos... ¡Ah! ¡eso es ignoble!

—El hecho es que el señor de Guessaint...

—Le aborrezco... y no por haberme engañado, pues yo no le amaba. Cuando se descubre la traición, la mujer no es ya esposa de su marido: he aquí todo. Le aborrezco porque me ha hecho perder todas mis ilusiones, y hasta el aprecio que me inspiraba. Me ha mostrado el amor como una especie de apareamiento bestial en que no entra para nada el corazón. Cuando le ví prodigar sus caricias á una y á otra, experimenté la mayor repugnancia, pensando que tal vez todos los hombres se parecerían á mi esposo.

Nelly se callaba, comprendiendo las tristezas de su amiga; pero cuando ésta se entregaba á tales reflexiones, hacía todo lo posible por cambiar poco á poco de conversación, conduciendo á la pobre Faustina á otros pensamientos. El tiempo pasaba, y Nelly exclamó de pronto:

—¡Qué dulces horas te debo! He recordado durante un momento nuestras íntimas confidencias de otra época; y ahora iremos á dar una vuelta por el Bosque si te place.

—No hay inconveniente; pero esta noche me traerás a tu esposo.

—¿Tanto empeño tienes?—dijo la señora Percier con tono burlón.

—Mucho.

—¡Pobre hombre! Esto le halagará é intimidará á la vez. En fin, veremos.